

Solidaridad Obrera
16.X. 48.

REMEMBER OCTUBRE 1934

Alguien ha dicho que yo tuve la culpa del movimiento. Y así es, en efecto. Yo tenía la seguridad de que estaban en camino armamentos y municiones y que se preparaban las masas para lanzarse a la Revolución, a rescatar la República, y en aquellos momentos en que yo veía la sangre que se iba a derramar, me hice esta cuenta: Puedo dar a España tres meses de aparente tranquilidad, si no entro en el gobierno. ¡ Ah!, pero entrando, ¡ revienta la Revolución? Pues entonces que estalle antes que caiga sobre todos nosotros, antes de que nos ahoguen. Y eso fué lo que hizo Acción Popular. Imponer el aplastamiento de la Revolución. El día que la gente conozca todos los peligros de aquellos momentos, se comprenderá el servicio que hemos realizado los hombres de derecha y cuantos nos atacuen por haber aceptado el Poder, no son más que aliados de la más infausta de las revoluciones.

(Del discurso pronunciado por Gil Robles en las Cortes, para explicar la gestación del Gobierno Lerroux-Acción Popular. Octubre 1934).

DURANTE el verano de 1934 y después de vencer la justificada resistencia de algunos núcleos — recelosos del marxismo gubernamental que en días precedentes les habían perseguido con saña igual a la de la reacción tradicional — se constituyó, en Asturias, por iniciativa de la Confederación Nacional del Trabajo, la Alianza Obrera, entidad fraternal decidida a impulsar la obra emancipadora de los trabajadores, a barrer definitivamente del suelo ibé-

por *F. Sierra Pando*

rico la escoria reaccionaria y a dar al mundo — sin exclusivismos políticos y, conservando cada asociación su autonomía — el ejemplo venturoso de la acción coordinada de las fuerzas obreras.

Desde el primer instante aquellos hombres del pueblo se entregaron con entusiasmo a la preparación de la lucha. Y el espíritu de las heroicas jornadas del 17, de todas las actuaciones revolucionarias que precedieron a la instauración de la República abriena, ganaba constantemente adeptos; de manera especial en las aglomeraciones industriales y en la zona minera. Eran días de fervor sublime, que sólo podía enturbiarse por la intromisión de ciertos líderes, discrepantes siempre del libre acuerdo de las multitudes obreras, y que procuraban frenar sus impetus imaginando dificultades, creando por su cuenta inconvenientes y negando incluso las armas precisas por temor a que las cosas fueran demasiado lejos. El mismo obstáculo que se registrara en los distintos movimientos de subversión y que hasta en la guerra del 36 malogró los sanos propósitos del pueblo, conduciendo a la derrota la más grande Revolución de todos los tiempos.

Asturias, no obstante, dió a la lucha una fisonomía particular, netamente revolucionaria. Compensaría la falta material, ocupando las fábricas militares y asaltando los depósitos de dinamita. Arrancaría a los « civiles » y al Ejército mercenario sus armas y emprendería, al grito de **UHP**, el asalto a la fortaleza estatal.

El 5 de octubre la huelga general había sido declarada en toda la región y las columnas de mineros emprendían, con los obreros de la capital, el ataque a los cuarteles y centros reaccionarios de Oviedo. Al igual que en otras localidades, se hicieron, tras viva pelea, dueños de la situación. La nueva Asturias del UHP había previsto la organización de columnas en Langreo y Mieres para acudir en ayuda de los trabajadores de Santander y León y generalizar el movimiento insurreccional. Pero las noticias que se recibieron del resto de España inquietaron a los revolucionarios y se dispusieron a reforzar sus posiciones en la región ante la inminente invasión de las fuerzas mercenarias del Ejército « español » con el concurso del Tercio, Regulares y moros.

¿ Y qué es lo que ocurría en el resto de España? El movimiento no

estaba influenciado por los trabajadores, sino por los políticos fracasados del primer bienio republicano. En Cataluña, por ejemplo, el temor de los dirigentes porque la participación de las fuerzas predominantes de la CNT-FAI dieran a la lucha una orientación revolucionaria no conforme con sus planes, les indujo a armar a los elementos más caracterizados e incautarse de las armas que poseían los obreros. El funesto y ridículo Dencás fué uno de los principales responsables de la persecución, y los demás dirigentes cómplices de la derrota.

En Madrid se realizó una huelga general de compromiso y sin finalidad, teniendo buen cuidado de alejar de la dirección a la CNT. Y en Zaragoza no se informó a las fuerzas libertarias por el mismo temor a sus entusiasmos revolucionarios que no podían contenerse en una simple fórmula de republicanismo « enchufista ». Tampoco en Sevilla se establecieron contactos preparatorios con la CNT, sin cuyo concurso ningún resultado práctico podía adquirirse. Se peleó en muchos pueblos, pero sin orden ni concierto. Y en Bilbao los mineros de la Arboleda, Galdames, etc. hubieron de retirarse por carecer de armas. La huelga de ferrocarriles apenas tuvo efecto y los trenes sirvieron — por omisión de los dirigentes — para el transporte de tropas hacia Asturias, donde la reacción concentró todos sus efectivos. Sólo algunos núcleos de León, Palencia, Santander y otras provincias secundaron la acción de los obreros asturianos con la energía precisa.

La técnica del alzamiento tenía características liberales del pasado siglo y no revolucionarias como exigían las circunstancias. Era, fuera de Asturias, una conspiración de pequeños burgueses con compromisos militares, que casi siempre fallan. Y se había apartado deliberadamente a la CNT. Por lo que, con razón, un periodista prestigioso de la época, exclamaba: « ¡ Naturalmente, así acabó aquello!... »

Gesta proletaria, sin dirigentes torpes y comodones, fué la de Asturias, bien llamada « la roja », rebelde e indómita, que durante semanas mantuvo encendida la hoguera revolucionaria haciendo frente a los esbirros de Lerroux y Gil Robles, los agentes más ruines y despreciables de la plutocracia hispana.

Aquellos obreros, enardecidos por el estallido de la dinamita, sinfonía de la revolución precursora; aquellos hombres bravos y furiosos en el combate, pero humanos siempre con el enemigo vencido, honestos y justicieros, fueron luego canalllescamente perseguidos y denigrados por el Estado « español ». Contra ellos empleó López Ochoa las armas más indignas y, secundado por el falangista y traidor Yagüe, practicó sistemáticamente el asesinato. Contra ellos se volcó la perfidia jesuítico-monárquica de Gil Robles y del más felón Francisco Franco, subsecretario del Ejército en un gobierno que se llamaba republicano.

Al recordar ese octubre rojo asturiano nos ha parecido indicado encabezar este trabajo con una cita del discurso pronunciado entonces por el provocador Gil Robles, justificándose como artífice de la represión, cuyas consecuencias están en la memoria de todos. Y es sintomático que ese funesto personaje, responsable de la muerte de José María Martínez, Sirval, Vázquez y tantos centenares de trabajadores honrados; ese cínico instrumento de la Compañía de Jesús que marcó a fuego y látigo el cuerpo de Javier Eueno, actúe hoy en la tramoya monárquico-democrática de acuerdo con los líderes « izquierdistas » que imposibilitaron la acción unánime del proletariado español el año 34. Nada más.

F. SIERRA PANDO.